

El mismo efecto propicio se espera de los ramos benditos del domingo de Ramos hincados en las siembras, lo mismo que hacían los pueblos antiguos al enterrar bajo tierra una diosa de madera para favorecer la fecundación de la siembra, misión que cumple más modernamente el puñado de mies que porta San Isidro en la visita a los campos.

Otros rituales emplean el fuego cuando por la noche se enciende una luminaria delante de la casa para preservarla de las desgracias que pudieran sobrevenirle, o impetrar ayuda o agradecer la ya concedida, cuyo humo ahuyenta también los malos espíritus (Caro 1983: 152).

El fuego votivo que arde en las luminarias o castillos hecho por promesa a una virgen o santo, tiene también como fin procurar la transformación y el bienestar en personas y animales, y la sanación de los males que puedan recaer sobre ellos en virtud de los efectos mágicos de las matas de leña que se traen del monte como entorno donde habitan los dioses, para hacer la pira, con chaparrillas, jaguarzos, jaras, jaristepas, torviscos, gamones y otras. También se queman trastos u objetos inservibles de la casa que significa la muerte de lo viejo y la renovación.

El agua es otro elemento esencial de muchos ritos que infunde un carácter sacro a los parajes de la montaña por donde corre o se despeña en cantidad, y en los manantiales y ojos que revientan en años lluviosos, habituales en Riópar, Yeste, Ayna, Elche y otros pueblos.

Hay fuentes con virtud –como la fuente de los siete caños y otras de muchos lugares que suele haber en la montaña–, dotadas de facultades mágicas para fecundar la hembra y remediar la esterilidad de la mujer a la hora de concebir, por cuyo motivo son muy visitadas, aunque hay quien dice que además de beber de estas aguas la mujer estéril debe practicar con asiduidad y dedicación ayuntamientos carnales apasionados con una pareja varonil adecuada, sea propia o ajena.

En la localidad de Yeste, durante la fiesta de la Cruz de Mayo se bañaba una cruz en la balsa de Vallehermoso a las tres de la tarde, hora de la muerte del Señor según la tradición, para transmitir a las aguas poderes benéficos que repercuten en las tierras que se rieguen, a cuyo fin los hortelanos pujaban por el uso de las aguas regeneradas, aunque solía hacerse un acuerdo para repartir el agua entre los interesados. También se decía que bañar la cruz atraía la lluvia en el entorno y aún propiciaba la fertilidad de los seres vivos.

Gran veneración se tenía asimismo a las aguas pluviales del campo que se recogían en charcones al aire libre para su consumo humano en aldeas, cortijadas y caseríos, como agua de lluvia purificada por su procedencia natural, que llamaban *agualuvia*.